

EL ESTALLIDO DE LAS DIFERENCIAS

Diego Armando Soledad Sánchez y Duván Herazo Ferreira⁴

Escribir esta crónica ha tenido más complicaciones por su inicio que por su estilo colectivo como Asociación de Estudiantes de Antropología (AEA). A partir del paro nacional universitario del 2018 (10 de octubre-16 de diciembre), las y los estudiantes

del programa de Antropología de la Universidad del Magdalena vimos la necesidad de organizar este movimiento estudiantil. En su creación, la AEA se pensó para tender puentes de diálogo entre los tres estamentos de la Universidad, la sociedad samaria

y el Caribe colombiano. De ahí que, en el 2022, cuando el Grupo Oraloteca abiera la convocatoria para recibir los textos que conformarían su revista número 12, jóvenes de la asociación se reunieron para plasmar sus memorias y reflexiones en



⁴ Diego Armando Soledad Sánchez y Duván Herazo Ferreira. Estudiantes de tesis del programa de Antropología. Integrantes del Semillero de la Oraloteca. Universidad del Magdalena.



el presente escrito. A pesar de lo fácil que fue coordinar las manos que escriben estas palabras, plantear el inicio del descontento que movilizó a millones de colombianos y colombianas fue lo complicado.

¿Acaso fue la reforma tributaria del 2021 o la del 2019 la que cansó a la gente? ¿O fue el asesinato sistemático de las lideresas y líderes sociales? ¿Fueron las precarias condiciones de la educación pública en el 2018 las que cansaron a estudiantes y centrales obreras o el desplazamiento masivo de campesinos, campesinas y comunidades étnicas por el conflicto armado? ¿O fue el petróleo, las represas, el turismo? ¿Habrá sido ese tal paro agrario que nunca exis-

tió para ese tal Premio Nobel de la Paz colombiano o fue la Ley 1152 de 2007 que le daba la facultad al Gobierno de turno de expropiar las tierras que quisiera? ¿Fue la eliminación de las horas extras y los recargos nocturnos a través de la Ley 782 de 2002? ¿La violencia desmedida de la policía y/o el ejército nacional que, por más de 6.402 razones, no se escribirán con mayúscula inicial en este escrito? ¿O la docena de huevos a 1.800 del exministro de Hacienda, Alberto Carrasquilla, fue la gota que derramó el vaso de años y años de represión y olvido estatal? Estas y muchas otras razones hacen difícil establecer el día en que todo empezó. La AEA solo fue uno de tantos colectivos que sumó su voz de recha-

zo y descontento ante la política de muerte que gobernaba el país.

Sin embargo, por cuestiones de estilo, esta crónica inicia el 5 de mayo del 2021, cuando el primer programa de la Universidad del Magdalena se declaró en paro indefinido hasta el 28 de ese mismo mes, día en que un dragón se tomó las calles de Santa Marta. En ese momento las movilizaciones dejaban un saldo de 6 jóvenes asesinados, en su mayoría, por agentes del Escuadrón Móvil Anti Disturbios (ESMAD), según el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz). Ese mismo día miles de samarios y samarias bloqueamos la vía alterna desde Puente Resistencia (Glorieta

de la Lucha) hasta la rotonda del barrio de Mamatoco, donde está el monumento al almirante Padilla. Era la primera vez en los tiempos modernos que tantas personas se sumaron a una causa común en la capital del Magdalena. Estudiantes, docentes, hinchas del Unión Magdalena, del Nacional, madres y padres de familia, vendedores ambulantes, movimientos sociales; aquella juntanza humana ocupó casi 3 kilómetros de la vía Alterna. No cabía ni un tinto. Pero, por desgracia, no hubo actos culturales ni artísticos al final de la marcha como se había pensado. La

jornada se vio empañada por disturbios que se originaron en el Rumbodromo, antes de la llegada de los manifestantes, entre agentes de la policía nacional y personas ajenas a la movilización. Un CAI fue quemado y varios establecimientos fueron saqueados, mientras la policía golpeaba y gaseaba a las y los marchantes. Creyendonos seguros, retornamos hacia la Universidad por la misma Troncal del Caribe. A la altura de la Universidad Cooperativa de Colombia (UCC), cuando algunas personas aún se echaban leche en el rostro para quitarse el gas

lacrimógeno, un par de sujetos que no se identificaron abordaron a un compa, tocándole uno de sus hombros y diciéndole «conque tú eres Jorge Pinzón...» y, sin más palabras, continuaron su camino.

Casi que todo lo que nos aconteció ese día de mayo fue como un llamado de atención para nosotras y nosotros. Algunos compas asociados también hicieron parte de otros colectivos distritales que ayudaron a organizar la movilización, pero vieron en ellos una lucha insana por el protagonismo. Sumado a esto, los



compas de la Universidad Nacional ya estaban en paro y en la cafetería de la Unimag, en las gradas, y en los salones de clase ya estábamos cuestionándonos: ¿qué tan reflexivos somos siendo indiferentes ante lo que está sucediendo en nuestra sociedad? ¿Será que la sentimos nuestra solo cuando necesitamos llenar un formato para graduarnos o trabajar? Luego de haber sido gaseados por la policía y de asegurarnos de que quienes salimos a marchar hubiéramos llegado bien a casa o a un lugar seguro, se convocó a una asamblea general extraordinaria de estudiantes. Por seguridad, esta se hizo de manera virtual. A partir de lo que habíamos presenciado esa tarde en la marcha, y siendo conscientes de la realidad por la que atravesaba el país en ese entonces, las y los estudiantes de Antropología, en tanto que miembros de una cultura o de una sociedad ya cansada, nos declaramos en paro indefinido. Sin embargo, este no lo pensamos como un cese de actividades y ya.

Al término de la asamblea se emitió un comunicado en el que informamos a los distintos estamentos de la Universidad y a la comunidad en general nuestra decisión. Varios compas nos reunimos para empezar a crear un cronograma de actividades enmarcadas en la coyuntura nacional. «A parar para avanzar» fue nuestro lema, el cual llevamos a la práctica. Valentina Carreño dejó de vender analgésicos y métodos anticonceptivos en la farmacia de su padre para sumarse a las actividades que se estaban pensando; Du-

van Herazo, quien para entonces era nuestro representante estudiantil, suspendió sus actividades en el grupo de investigación, manifestando que el paro era completo o no era. Camila Moises y Everleydis Dávila se alegraron al saber que parar significaba proponer y apoyar una serie de actividades artísticas y culturales —entre ellas los sancochos colectivos— y por eso no dudaron en suspender sus actividades académicas...

La primera actividad colectiva que realizamos fuera de las instalaciones de la Universidad del Magdalena, luego de declararnos en paro indefinido, fue en Taganga, el 8 de mayo. Desde las ocho de la mañana empezamos a llegar estudiantes, no solo del programa de Antropología. Algunas y algunos compas de los programas de Negocios Internacionales y Contaduría Pública nos acompañaron. Pero la presencia más valiosa de ese momento fue la misma comunidad taganguera. Pescadores, mototaxistas, amas de casa y artistas manifestaron su apoyo al paro nacional. Asimismo, expresaron sus quejas con respecto al Gobierno departamental y nacional. Sin agua, con problemas de expendio y consumo de sustancias alucinógenas, más una creciente inseguridad en el corregimiento y un proyecto de puerto que tiene al pueblo dividido, algunas y algunos habitantes plasmaron en unos trapos con aerosol estas y otras problemáticas que aún las y los aquejan. Luego detuvimos el tránsito por la zona al salir a marchar, ondeando los tra-

pos que habíamos llevado y los que los pobladores crearon. Durante el trayecto, la policía hizo presencia grabando nuestra actividad. Con el apoyo de las chicas de la batucada feminista y el uso de un megáfono, nos aseguramos de que por donde pasáramos nos escucharan. Incluso colectivizamos el uso del megáfono, permitiendo que habitantes de Taganga manifestaran de viva voz sus inconformidades frente a la situación actual. Hasta recibimos el apoyo de la comunidad. Esto nos permitió identificar que el descontento fue generalizado, más de lo que los medios de comunicación tradicionales pretendieron mostrar. Esa mañana tuvimos la oportunidad de conocer a un artista taganguero, Haim Hara Correa, quien nos manifestó su apoyo y nos habló de un dragón que estaba a nuestra disposición. Siendo honestos, en el momento no dimensionamos el impacto que ese dragón generaría al tomarse las calles de Santa Marta el 28 de mayo, pero aún nos falta para llegar a ese día.

De la marcha en Taganga quedamos comprometidos con la comunidad en hacer unos murales en distintos sectores. Dicho y hecho. El día 8 de mayo nos volvimos a citar, en el corregimiento, estudiantes de Antropología, egresados del programa de Cine y Audiovisuales y la comunidad taganguera. Sin importar el sol, nuestro objetivo era pintar, en cuatro paredes: a Lucas Villa; la caricatura de una niña con un mensaje en contra de la violencia infantil; la cara de un cerdo rabioso con gorra

tipo militar, una porra de policía al lado izquierdo, en la parte inferior una leyenda con la frase «Tortura para la patria», una sierra en la parte derecha del mural y los nombres de algunas y algunos jóvenes asesinados y asesinados por agentes del Estado; y la representación de una marcha de varios jóvenes con instrumentos musicales y varias banderas blancas pidiendo más educación, mientras que a un extremo del mural aparece un policía lanzando gas lacrimógeno a las y los marchantes .

Durante la jornada de pintura se recogió dinero para el almuerzo. El compa Duvan se encargó, junto al artista Haim, de esa gestión. En la moto de Haim fueron hasta la playa de Taganga, donde se ubican las y los vendedores de pescado, a buscar uno que recargara la energía que el sol y la pintada habían mermado, pero la búsqueda fue infructuosa. No había pescado bueno en el momento. Haim recurrió a un plan B, el cual consistía en ir a la casa de una conocida de él, donde se compraron varias postas de cachorreta. Luego se dirigieron a otra casa de otro amigo del artista para que nos prestaran la cocina. En el lugar, que era un bar restaurante, el dueño se ofreció a prepararnos la comida y, con la ayuda del compa Marcera... ese día terminamos por degustar un delicioso almuerzo anconero: arroz blanco, cachorreta guisada, guineo maduro y aguapanela con limón. Esta jornada de muralismo la cerramos con una bañada en la playa y, luego, en el apartamento de Jorge



Pinzón, mojando la palabra mientras coordinábamos la siguiente actividad.

Si bien las actividades nos acercaron más a nuestras comunidades y pudimos dejar a un lado nuestras indiferencias para organizarnos por un bien colectivo, aquellos días no eran de festejo. Para el 12 de mayo ya se registraban 34 jóvenes manifestantes asesinados en el marco de las movilizaciones del paro nacional. Ese día las actividades iniciaron con la continuación del trabajo en el trapo de la AEA. Vale la pena mencionarlo porque este simple elemen-

to se convirtió en nuestro símbolo de resistencia. Para la marcha del 5 de mayo empezamos a pintarlo; en ese momento, solo tenía el nombre de la asociación, el logo, el escudo del Unión Magdalena, algunas mariposas amarillas y dos dibujos representativos de la cultura material de las comunidades indígenas prehispánicas de la Sierra Nevada de Santa Marta. El día del plantón, en la entrada de la Universidad del Magdalena, nos dimos cita no solo estudiantes de Antropología; compas del programa de Cine y Audiovisuales, Psicología, Biología, Con-



taduría y Negocios Internacionales se sumaron a la jornada e, incluso, realizaron sus propios eventos culturales. Por nuestra parte, además de darle los últimos retoques al trapo, expertos en la materia nos dispusimos a recoger madera seca y uno que otro ladrillo o piedra para montar el fogón del sancocho colectivo. Hasta docentes y funcionarios de la Universidad participaron.

Una vez recargadas las baterías con el sancocho revolucionario, todas las y todos los estudiantes que nos citamos en la entrada de la Unimagdalena, el 12 de mayo, iniciamos la

marcha hasta la glorieta de la piragua. Nuevamente, miles de samarios y samarias salimos a marchar, gritando a todo pulmón: «¡A parar para avanzar! ¡Viva el Paro Nacional!». La tamborada feminista junto a hinchas del Unión Magdalena y del Atlético Nacional armonizó la marcha. Pitos, cornetas, bombos, platillos, cajas e incluso tanques de aceite intervenidos para que sirvieran como instrumentos musicales, les hicieron coro a nuestras voces. Cerca de la Terminal de Transporte, tanto en la salida de los buses como en el puente peatonal que está al

frente, había un número considerable de personas viendo la marcha. Aprovechamos aquello para hacer una parada y, cantando consignas como «¿Quién es usted? ¡Yo soy estudiante! ¡Una vez más! ¡Yo soy estudiante!», le dijimos a quienes nos veían marchar por qué lo hacíamos. Mientras lo hacíamos, varios vendedores ambulantes que estaban ahí viéndonos nos regalaron bolsas de agua; es decir, nos ofrecieron parte de sus ganancias en muestra de apoyo al paro nacional. Con gargantas y espíritus renovados por aquel gesto continuamos hasta nuestro destino, en donde había dos hileras de policías motorizados bloqueando la troncal en un solo sentido. Junto a ellos estaban agentes con escudos a pie. Casi que al instante una frase puso en alerta a varios de los que estábamos encabezando la marcha: «¡Pilas que hay infiltrados que quieren sabotarnos la marcha!».

Esa marcha la encabezábamos estudiantes de Antropología, Biología e hinchas del Unión Magdalena y del Atlético Nacional. Al detener la movilización, algunas y algunos compas tomaron la palabra para decirles a aquellas personas que pretendían empañar el día que uno de los motivos por los cuales estábamos ahí era justamente por ellos mismos. Nuestras exigencias como movimiento estudiantil no eran, ni son, meros caprichos. Salimos a marchar por un modelo de gobierno primitivo que convirtió nuestros derechos constitucionales, como la salud y la educación, en negocios que solo beneficiaban a las y los más



adinerados del país; salimos a marchar por el incremento de la pobreza; porque el Gobierno hizo trizas los acuerdos de paz; porque a miles de niños, niñas y adolescentes se les están negando las oportunidades de vivir sabroso. Uno de los compas del programa de Biología propuso que denunciáramos a la motorizada de la policía, que estuvo escoltando la marcha, la situación. Los compas de Antropología Duván Herazo y Esteban Forero, junto al estudiante de Biología Saim Barros, tomaron la iniciativa. Antes de llegar al lugar donde estaban los agentes, que se parquearon a unos 50 metros delante de nosotros, un grupo de cuatro jóvenes siguieron marchando, se

cruzaron con el grupo que se había reunido con los policías, siguieron su camino, se desviaron hacia el barrio Santa Ana y nadie los volvió a ver. Después de aquello, continuamos con la marcha y, faltando unos cien metros, uno a uno se fueron retirando los motorizados. Solo quedó una hilera de agentes con escudos a un lado de la avenida que nos vio llegar con música y arengas a la rotonda de la piragua.

Los trapos de Antropología y Biología tapizaron parte de la rotonda. Algunos manifestantes sacaron un balón de voleibol, otros empezaron a jugar con un *frisbee*. Por un lado, aún se escuchaban las arengas

pro paro; en otro lado, el equipo de sonido de uno de los automóviles reproducía *Latinoamérica*, de Calle 13. Una vez recuperada la movilidad de la Troncal del Caribe, propietarios de los vehículos que empezaron a transitar por el lugar manifestaron su apoyo haciendo sonar el claxon de sus automotores al ritmo de las arengas que aún gritábamos con nuestras voces cansadas. Moría la tarde cuando retornamos a nuestras casas. Por la calle destapada que está al frente de la Universidad transitamos trece estudiantes marchantes, en su mayoría de la AEA. Cansados, íbamos pensando en nuestra siguiente actividad y en llegar al apartamento de Jorge Pin-

zón para ultimar detalles de nuestro cronograma de actividades y, por qué no, refrescarnos con una bebida a base de cebada, anís o caña.

El día 13 de mayo la cita fue en el parque Simón Bolívar con el Plantón Cypher. En este espacio, el arte engalanó de colores esa tarde de mayo. Un grupo de jóvenes se encargó de dibujar mensajes alusivos a la paz con tiza sobre la calle 14 y los adoquines del parque. También hubo música de gaita y tambora que hizo mover más de una cadera. Luego, un show de música y baile urbano llamó la atención de todas y todos, en especial porque la compa Luisa Murillo dio unas breves clases de champeta. Así lo fue con el performance de un compañero que usó una bandera de Colombia alrededor de su cintura y que le llegaba hasta los pies. En su pecho desnudo escribió «Lucas vive» y «No más» en su espalda. Cubriéndose de pintura roja homenajeó a Lucas y a aquellos manifestantes que fueron asesinados, en su mayoría, por la Policía Nacional en el marco del paro nacional del 2021. Después del evento, la hidratación terminó siendo en la Casa de la Memoria, en donde algunos ya habían leído o escuchado la noticia sobre Alison Salazar Miranda, una menor de 17 años que decidió terminar con su vida la mañana de ese día porque la noche anterior fue violentada y abusada sexualmente por agentes del ESMAD. Para la noche de ese día distintos movimientos feministas e incluso compañeras de la AEA organizaron un plantón frente a la



policía distrital de Santa Marta en rechazo a lo sucedido.

Al día siguiente, siendo las 4:00 p.m., la calle 22 con carrera 1^{ra} empezaba a llenarse de manifestantes. Algunos vehículos se prestaron para bloquear las vías mientras algunas mujeres empezaban a pintar con blanco en la calle, frente a la policía distrital: «ACAB. ESMAD. Policía Violador. ABAJO LA VIOLENCIA PATRIARCAL». Al terminar, junto a la batucada feminista, las compañeras entonaron a todo pulmón: «¡El violador eres tú!», señalando constantemente a la institución. Cuando la pintura blanca estuvo seca, las mismas compañeras del mensaje en la calle adornaron el escrito con pintura roja, emulando la sangre de las mujeres víctimas de violencia sexual. Cuando esta estuvo seca, apoyamos el performance que las compas se habían pensado. Descalzos y sobre el pavimento aún caliente por

el sol samario, nos acostamos unas 20 personas sin orden alguno. Sobre nosotras y nosotros se puso una sábana blanca que solo dejaba los pies al descubierto y un clavel rojo sobre el pecho. En uno de los dedos de los pies nos pusieron una etiqueta con el nombre de uno de los jóvenes asesinados durante el paro nacional. En ese momento, varias compañeras construyeron un altar en los escalones de la entrada del edificio de la policía. En el centro de decenas de velas blancas ubicaron un retrato de Alison que parecía arder sin consumirse al reflejar las llamas en el cristal. Iniciando el plantón, no había más de 20 agentes, en su mayoría mujeres, pero en este punto el grupo que custodiaba el edificio se aproximaba a los 100 con mayor presencia masculina. Luego del minuto de silencio que acentuó la rabia y la indignación que nos convocó en ese lugar, quienes estábamos en el piso con las sábanas blancas



nos levantamos.

Faltaban unos minutos para que oscureciera cuando nos retiramos del punto de encuentro. A pesar de ir pensando en la próxima actividad, nuestras cabezas seguían en el plantón. Nos sentíamos como en la época más cruda de la violencia paramilitar, cuando este grupo armado ilegal se asentó en varios departamentos del Caribe colombiano y ejercía la violencia sexual contra las mujeres como estrategia de guerra (CNRR-Grupo de Memoria Histórica, 2011a; 2011b; Centro Nacional de Memoria Histórica, 2010). De hecho, según un informe de Indepaz y Temblores ONG sobre las cifras de violencia durante el paro, la policía está involucrada en 28 casos de

violencia sexual. A pesar de que el plantón terminó antes de que cayera la noche, mientras ultimábamos detalles de la marcha para el 19 de mayo, nuestros corazones gritaban y siguen gritando: «¡Alison!».

Luego de 14 días de habernos declarado en paro indefinido, salíamos nuevamente a las calles a marchar. Pero ese 19 de mayo quienes se hicieron notar fueron los hinchas del Unión Magdalena y del Atlético Nacional. Con sus cajas y tambores marcaron el ritmo de la marcha que inició en la Villa Bolivariana —o polideportivo norte—, luego bajamos por la carrera 19 hasta la Avenida del Libertador y de ahí seguimos hasta el monumento Héroes de la libertad. En ese lugar, justo al

frente de la Quinta de San Pedro Alejandrino, hicimos una pausa mientras los compas de la Garra Samaria y del Nacional hacían sonar sus instrumentos. Después de la breve pausa que a más de uno y más de una nos sirvió para hidratarnos y recargar energías luego de una caminata de más de 3 kilómetros bajo el sol, continuamos hasta la glorieta de la Piragua sobre la Troncal del Caribe. Nuevamente una enorme juntanza de samarios y samarias cansadas de años y años de mal gobierno bloqueamos una de las vías más importantes de la ciudad. Pero aún nos faltaban casi 2 kilómetros para nuestro destino: Puente Resistencia —Glorieta de la Lucha—. En este lugar pudimos descansar luego

de una ardua jornada caminando, aunque el aguante de los hinchas era mucho más contagioso que el covid-19; ni siquiera después de casi 5 kilómetros caminando, gritando y tocando sus instrumentos hicieron silencio. El objetivo era hacernos escuchar y ellos lo tenían bien claro. Sobre el puente y al lado de los murales, uno de ellos conmemorando a las 6.402 víctimas de ejecuciones extrajudiciales —o los mal llamados «falsos positivos»—, gritamos en contra de las políticas nefastas del Gobierno de turno y por la paz. De hecho, el llamado a la marcha se hizo invitando a todos a participar con camisa blanca, lo cual permitió que una gran mancha blanca inundara las calles de Santa Marta.

Al terminar la actividad, otra vez, terminamos en el apartamento del compa Jorge Pinzón organizando el cronograma de actividades, pintando más trapos y refrescándonos con una bebida de cebada fermentada. Entre las actividades que programamos para el mes de mayo, hicimos un plantón en la entrada de la sociedad portuaria el día 26. Desde las 10:00 a.m. empezamos a reunirnos varios jóvenes en este lugar. Contamos con la compañía incondicional de los hinchas del Unión Magdalena y del Atlético Nacional, quienes se mantuvieron firmes con nosotros en las actividades. También hubo una pequeña presencia de la administración distrital, pero después de un par de fotos y antes de mediodía se retiraron sin despedirse. Por fortuna, uno de los compas de la Garra

Samaria los vio partir y logró despedirse de ellos diciéndoles: «Miren cómo se van. Solo llegan para posar en la foto, pero no para el aguante». Seguramente esa despedida no le gustó para nada a aquella comitiva, aunque para nosotros implicaba que tendríamos más sancocho para disfrutar. Los hinchas de los equipos deportivos en mención fueron los encargados de la parte artística con sus instrumentos musicales, que seguían marcando el ritmo de nuestro descontento. Por otro lado, el sancocho que alcanzó para todos nos alimentó y recargó nuestras energías durante ese día; el plantón se alargó hasta el anochecer.

Durante la jornada, varios trabajadores del puerto se acercaron a exponer sus inquietudes. El bloqueo de la entrada o salida de camiones afectaba tanto a los camioneros como a las personas que se encargan de descargar o cargar la mercancía. En especial a estos últimos porque su trabajo no es por horas, sino por la cantidad de veces que carguen o descarguen durante el día o la noche y porque, además, no cuentan con ningún tipo de prestaciones de servicio. Justamente, el bloqueo tenía que ver, entre otros motivos, con las precarias condiciones laborales a las que nos enfrentamos miles de colombianos y colombianas, cosa que les hicimos saber. Otro grupo de personas trabajadoras en el puerto se acercaron a manifestarnos su apoyo. Después de dejar claro nuestro mensaje de inconformidad, nos retiramos a nuestras casas mientras

la noche cubría nuestros cuerpos e íbamos pensando qué hacer para el primer mes de aguante. En especial porque Haim Hara, el artista tagan-guero, nos había prestado un dragón de 16 metros de largo hecho con papel, tela y varas de guadua para nuestras actividades culturales.

El 28 de mayo la cita fue en la Universidad desde las 8:00 a.m., no para la gran marcha artística y cultural, la cual iniciaba a las 2:00 p.m., sino para preparar al dragón. Hacía falta coser unas partes y conseguirse los palos para poder cargarlo. El dragón estaba hecho de tal forma que desde su cabeza hasta la cola contaba con unos tubos, los cuales estaban tapados en una parte con el fin de que se pudieran insertar allí 7 palos para cargarlo sin mayores complicaciones. Sin embargo, la dificultad estaba con la cabeza. Esta pesaba unos 30 kilos y no teníamos ningún cargador. Tocó improvisar con una correa que usaron los compas de la Garra Samaria para cargar sus instrumentos, una vara metálica de casi 2 metros de largo y un pote de gaseosa, al cual se le hicieron dos aberturas para pasar por ellas la correa. Al llegar al punto de encuentro, el Parque Lineal Los Trupillo, nos dimos cuenta de que el pote de gaseosa no fue buena idea. No resistió 10 metros, soportando el peso de la cabeza del dragón cuando este se rompió. Por fortuna, Haim estaba esperándonos junto a su hermano, quien usaba un pote más resistente para llevar agua. Sin pensarlo, lo donó y se le hicieron las mismas

aberturas para pasar la correa. Él trabajó funcionó.

Desde el momento en que llegamos al punto de encuentro de la marcha conmemorativa del primer mes de paro, llamamos la atención. Era la primera vez que se veía a un dragón de 16 metros de largo en una marcha. Recibimos aplausos de todos los marchantes esa tarde. El compa Diego Soledad-Sánchez inició cargando la cabeza de Drakoletto, nombre que le pusimos jocosamente, pero a la altura de la carrera 24 con Avenida del Libertador, Dublas, habitante de Taganga, relevó al compa. Lo mismo sucedió con los que iban cargando el cuerpo de Drakoletto: Everleydis Dávila, Jorge Pinzón, Patricia Obregón, Duvan Herazo, Marcela Carmeño, Luis Fontalvo, Carlos Patiño, Brayan García... e incluso Diego, que no quedó con ganas de volver a cargar la cabeza, se turnaron durante el trayecto hasta llegar al parque de Pescaito. No solo por el peso, cosa que influyó bastante, sino porque el trayecto desde el punto de encuentro hasta el parque era de unos 5 kilómetros más o menos, y durante la marcha quienes cargamos con el dragón íbamos hasta la cabeza de la movilización para luego retornar a la cola. Después de un poco más de 5 horas caminando, gritando contra las reformas que empobrecían más al pueblo colombiano, cargando a Drakoletto, llegamos al parque de Pescaito con un cansancio acumulado que casi no se sentía. Eran más las ganas de seguir en las calles que las de quedarnos en casa viendo

cómo agentes del Estado asesinaban a jóvenes marchantes, mientras nos seguían clavando reformas para beneficiar a la élite política y económica de Colombia.

Si bien esta fue la última actividad del mes de mayo, no fue la última que hicimos desde la Asociación de Estudiantes de Antropología. Bien podríamos ocupar un número completo de la *Revista Oraloteca* hablando sobre las demás actividades que realizamos en el marco del paro nacional. Entre ellas, las clases al barrio con el profesor Adriano Guerra, uno de los docentes que más nos apoyó durante nuestras actividades, o el festín antropológico en el Parque de los Novios donde abrimos un espacio para apoyar los emprendimientos de los compas de la AEA y de otros programas de la Universidad del Magdalena. Incluso apoyamos actividades realizadas fuera de Santa Marta como la Asamblea Nacional Popular en Bogotá, entre el 7 y 9 de junio, y el bloqueo de la vía Panamericana a la altura de la entrada de Aracataca, Magdalena, donde un sujeto sin identificar sacó un arma de fuego para amedrentarnos y obligarnos a levantar el bloqueo: aunque había tres policías de tránsito, el sujeto logró escaparse y provocar un accidente más adelante. Cuando volvíamos hacia Santa Marta nos enteramos de que sí fue capturado, pero duró más amenazándonos con el arma que en volver a quedar en libertad. No nos extrañó; después de 6.402 ejecuciones extrajudiciales y 80 manifestantes asesinados durante el paro nacional

de 2021, son pocas las esperanzas en una institución que solo ha servido a las élites, legales o ilegales, del país. También nos quedaríamos cortos agradeciendo a todos los compas que estuvieron en pie de lucha, no solo del programa de Antropología, sino también de Biología, y a los compas de Aracataca, especialmente a Laura Díaz.

Referencias bibliográficas

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2010). *La Masacre de Bahía Portete: Mujeres Wayuu en la mira*. CNMH.

CNRR-Grupo de Memoria Histórica. (2011a). *Mujeres que hacen historia. Tierra, cuerpo y política en el Caribe colombiano* (p. 169). CNRR-Grupo de Memoria Histórica.

CNRR-Grupo de Memoria Histórica. (2011b). *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe Colombiano* (p. 408). CNRR-Grupo de Memoria Histórica. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/Mujeres-y-Guerra.-V%C3%ADctimas-y-Resistentes-en-el-Caribe-Colombiano.pdf>

Policía Nacional de Colombia. (2021). *Balance general, paro nacional 2021* (p. 1). Policía Nacional de Colombia.

Temblores-Indepaz. (2021). *Cifras de la violencia en el marco del paro nacional 2021* (p. 4). *Temblores/Indepaz, 2021.* ■